

celase llenar con ella la mitad de este tomo. Limitémonos á decir que, después del juicio de conciliación, conseguimos que hubiese avenencia, y que D. Antonio, á pesar de su escepticismo, pudiese vivir con sosiego hasta que la famosa circular de Instrucción pública, aunque mitigaba el celo por la fé católica del Director del ramo, vino á causar tantos sinsabores á la persona de D. Antonio y á la parcialidad política en que figuraba.

Don Angel de Saavedra, Duque de Rivas, por su extraordinario mérito como poeta y por haber sido uno de los primeros y más brillantes fundadores de la escuela romántica en España, poniendo en ella el más sano y castizo de sus elementos, merecería que le dedicásemos en este libro muy extenso estudio, pero el ser tan conocido y popular, así por su vida militar y política, como por sus escritos, nos exime de este trabajo, al que de todos modos se opondría la índole de estas notas biográficas y críticas que deben ser muy breves.

En algunas otras me he extendido más de lo que permite el espacio de que dispongo, por lo mismo que los personajes á quienes dichas notas se refieren son menos conocidos de la generalidad del público, han tenido biógrafos y críticos menos hábiles ó dichosos y el tratar de ellos podía ofrecer más novedad y ser más útil.

Del Duque de Rivas nada nuevo ni importante podemos decir, que ya no esté dicho por D. Nicomedes Pastor Díaz, por D. Antonio Alcalá Galiano, por D. Manuel Cañete, por el Marqués de Valmar, por el francés Mazade y por no pocos otros ilustres escritores á los que me remito.

También yo, si pudiera tener lugar en este volumen, me complacería en reimprimir é insertar en él la extensa biografía del Duque y el examen y juicio de sus obras, que escribí en 1889 y que inserté en varios números de una revista titulada *El Ateneo*.

Por las razones expuestas explico, disculpándome, lo breve, incompleto y conciso del resumen en que voy á tratar de un sujeto, á quien desde mi primera mocedad me unieron muy amistosos lazos, que fué mi amabilísimo jefe, siendo él Embajador de España en Nápoles y á quien siempre consagré grande admiración y afecto, acrecentados hoy por la honrosa satisfacción de tener yo como muy querida hija mía á una de sus nietas.

Nació D. Angel de Saavedra, en Córdoba, el 10 de Marzo de 1791. Siguió la carrera militar, combatió contra la invasión francesa en la guerra de la Independencia y dió muestras de su bizarría en no pocos encuentros y batallas. En la de Ocaña, quedó gravemente herido en el campo, y allí hubiera muerto si no le salva un soldado llamado Buendía.

Como político, D. Angel de Saavedra figuró, desde 1820 á 1823, entre los liberales más exaltados.

Diputado en las últimas Cortes de aquel período, votó la suspensión del Rey, por lo cual, no bien Fernando VII recobró su poder absoluto, gracias á los soldados invasores de Luis XVIII, D. Angel fué condenado á muerte. Fugitivo entonces de su patria, pasó en la emigración cerca de once años; ya en Londres, ya de paso en Italia de donde le expulsó la policía, ya en Malta, donde permaneció cinco años; ya por último en Orleans, en París y en Tours. La amnistía dada por la Reina Gobernadora Doña Maria Cristina, consintió que D. Angel volviese á España en 1834. A poco de su vuelta, muerto sin hijos su hermano mayor, heredó D. Angel los títulos y bienes de su noble casa.

Desde entonces, hasta su muerte en Madrid á 22 de Junio de 1865, el Duque figuró en el partido liberal conservador, como personaje político de grande importancia; fué Embajador de España en Nápoles y en París, Ministro de la corona, Presidente del Consejo de Estado y hasta Presidente del de Ministros, aunque por breves horas. Fué también perseguido por reaccionario, aunque no tan ferozmente como ya por liberal lo había sido.

No nos incumbe contar aquí las vicisitudes de vida tan agitada, en época de tan violentas y rápidas mudanzas. Baste decir que la bondad del Duque, su gloria como poeta, su amenísimo y afable trato, los chistes alegres y urbanos y la gracia y la agudeza que en la conversación mostraba y lucía, le hicieron simpático, así en la pró-

pera como en la adversa fortuna á todos cuantos le conocieron y trataron. Lo mismo en su palacio de Nápoles, cuando durante no pocos años fué allí embajador, como en Sevilla cuando estuvo allí retirado, como en Madrid, en su casa de la calle de la Concepción Jerónima, sus salones fueron el centro más frecuentado de cuantos sujetos se distinguían en letras y en artes, por la inteligencia y el ingenio. La rara discreción de la Duquesa y el talento, la cultura y elegancia de sus lindas hijas, hacían más agradables aquellas reuniones. Obtuvo el Duque de Rivas, entre otras muchas distinciones la de ser caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, académico de número de la Real Academia Española y Director de la misma Academia.

La rica labor de D. Angel, como literato y como poeta, puede y debe dividirse en tres distintos y bien marcados períodos, si bien en todos ellos queda, á mi ver, estampado claramente el mismo sello de su originalidad personal, sin que las mudanzas de los tiempos, de las modas y de las doctrinas estéticas, modifiquen tanto los rasgos de su carácter, como ligeramente se supone. Los tres períodos á que me refiero, son el de la mocedad hasta la emigración; el de la emigración misma, que fué el más fecundo para su gloria poética, y por último el que va desde que don Angel volvió á España y heredó el ducado hasta el día de su muerte.

Bien se nota ya en el primero de los tres períodos, á pesar de la educación pseudo-clásica que

recibió de ayos y maestros franceses y á pesar del gusto que prevalecía entonces en España, la libre inclinación de D. Angel al modo de poetizar de los españoles del siglo xvii, lo cual se parece más al romanticismo que pronto había de aparecer, que á la escuela tan sujeta á preceptos convencionales que entonces prevalecía. Algunos romances de este primer periodo y más aún el bonito poema, titulado *El paso honroso*, pueden ya tenerse por románticos, aunque el romanticismo no hubiese aparecido aún. Lo que sí hay en todas las composiciones de aquel primer periodo, es menos confianza en el propio ingenio y la inseguridad y las vacilaciones en la edad juvenil tan naturales.

Hay que considerar por otra parte, que el ingenio de D. Angel era más espontáneo y fácil que meditabundo y reflexivo. Escribió mucho y todo cuanto escribió, fué digno de su fama; pero las obras suyas que descuellan por la novedad y riqueza de la inspiración, suben muy por cima de todas las otras. Nos limitaremos á citar aquí los títulos de las últimas, pues ya en la Introducción de este FLORILEGIO, hemos examinado con alguna detención las obras capitales del Duque á saber: *El moro expósito*, los romances históricos, el *Don Alvaro*, *La azucena milagrosa* y las otras dos leyendas, y hemos procurado hacer valer su originalidad y su mérito.

Nuestro autor escribió mucho para el teatro y fué bastante aplaudido. No quiso sin embargo, que gran parte de sus obras dramáticas se inser-

tase en ninguna colección de sus obras completas, permaneciendo algunas inéditas, aunque representadas y otras no representadas nunca. En la edición de las obras completas (sic) de 1855, hay la siguiente lista de los dramas y comedias que en dicha edición no se incluyen: *Ataulfo*, *Aliatar*, *Doña Blanca*, *El Duque de Aquitania*, *Malek-Adhel*, *Lanuza*, *Arias Gonzalo* y *El parador de Bailén*.

Los dramas y comedias que en la mencionada edición se incluyen, son los siguientes: *Tanto vales cuanto tienes*, *Solaces de un prisionero ó tres noches en Madrid*, *La morisca de Alajuar*, *El crisol de la lealtad*, *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y *El desengaño en un sueño*. Este último drama que en el orden de cuantos escribió el Duque, es también el último, está tomado en su idea fundamental de un cuento de *El conde Lucanor*, cuyo título es: *De lo que aconteció á un deán de Santiago con Don Illan el mágico, que moraba en Toledo*.

Consiste dicha idea fundamental, en poner una historia, cuyos diversos acontecimientos y final desenlace ocurren en sueño, resultando de todo una lección moral y un saludable desengaño.

Personas más eruditas que yo, podrían explicar ó habrán ya explicado, qué origen tuvo el cuento de Don Illán y de donde le tomó inmediatamente el Infante D. Juan Manuel. Yo me limito á decir que la tal idea fundamental ha producido, en no pocas literaturas, novelas y cuentos ingeniosos. Quien esto escribe también la tomó por base de su novela *Morsamor*. Aquí

añadiré sólo, que en el drama del Duque *El desengaño en un sueño*, presta ocasión á muy conmovedoras escenas, ya trágicas, ya patéticas y á un hermoso florecimiento de poesía lírica.

Sobre todo lo dramático y lo narrativo del Duque, he dicho ya en la Introducción lo que más importa. Nada digo ahora á fin de no repetirme. Para terminar, me limitaré á reproducir aquí, algunos párrafos de lo que dije del Duque como poeta lírico, en el extenso y ya citado estudio, que escribí sobre él y que publiqué en *El Ateneo*.

Las dos mejores composiciones líricas del Duque de Rivas, escritas ambas durante la emigración, son mejores que todas las otras, no por más románticas, sino por más clásicas, por más horacianas y por más académicas. La corrección y nitidez del estilo, la sobriedad y concisión con que está dicho todo, sin que huelgue palabra ni frase, hacen resaltar más el profundo sentimiento de melancolía, de amor á la patria y de vivo afecto á las personas queridas y hasta á los objetos inanimados que deja en la patria el proscripto.

Ya se entiende que hablo de los versos *Á las estrellas* y *Al faro de Malta*.

Y no sólo estas poesías *Al faro de Malta* y *Á las estrellas*, sino otras que compuso en la misma isla, prueban que allí llegó el Duque, como poeta lírico, á la cumbre ó zenit de su fuerza.

Á pesar de sus infortunios, y tal vez por esos

infortunios que le inducen á buscar consuelo, canta el Duque mejor que nunca en Malta y dice con verdad:

Arde mi mente en estro sacrosanto,
Brotá mi rudo labio són divino,
Y es á mi pecho necesario el canto
Como el agua al sediento peregrino.

El estro lírico del Duque permaneció enérgico durante la emigración, pero es fuerza confesar que se embotó mucho al volver el Duque á la patria. Toda su poesía lírica, después de la vuelta, es, á mi ver, inferior á la del emigrado y también á la del joven oficial, y á la del galán, libre y enamorado mancebo, herido en Antígola. El título de Duque, la gravedad de Prócer, las ideas ultra-conservadoras á veces, ciertos respetos oficiales á menudo afectados, y otras preocupaciones, que no tenía el Duque en prosa, acudían todas cuando componía versos serios, como si se vistiese con el uniforme de Ministro ó de Embajador al ir á pulsar la lira, y pesaban sobre ella y la estropeaban algo, cuando no la destemplaban ó ensordecían.

La poesía lírica del Duque, que tan bien y con tan verdadero sentimiento había resonado celebrando la defensa de España contra Napoleón, tomó por asunto casos que no digo yo que no interesen en una historia circunstanciada del reinado de Doña Isabel II, pero que no se elevan á la superior y serena esfera de la alta poesía, ni pueden allí apasionar con sinceridad y

desinterés estético. Á un Senador, á un Diputado ó á un periodista, pudo importar, para echar un discurso declamatorio ó escribir un articulazo de fondo vehemente y tremendo, que mandase en España D. Ramón, ó D. Leopoldo, ó D. Baldomero; que fuesen Ministros D. Antonio González ó el Marqués de Miraflores: pero todo esto, aunque interese y apasione al poeta, que también es ciudadano y sigue un partido, y tiene sus miras y propósitos, y cree además con sinceridad que tal Ministerio conviene más que tal otro al bien general de la nación, tiene un no sé qué de vulgar, de pequeño y de pesado, que hace que se quede muy en lo hondo cuando el poeta se eleva en sus raptos líricos.

Cuando el Duque, aun en aquella época, se deja de sus filosofías retrógradas y confusas, y no piensa en que es del partido conservador, y sólo se acuerda de que es poeta, el poeta reaparece y da gallarda muestra de sí, elogiando *profanamente* cosas de su siglo, y pintando, no con negros colores, sino con colores muy vivos y graciosos, el siglo en que vive y la gente con quien trata.

Más tarde, cuando el Duque era en Nápoles Embajador, y se olvidaba de que lo era para ser poeta, y no se ponía á filosofar téticamente con el tétrico poeta napolitano José Campagna, ni se preocupaba de las dictaduras de Narváez, ni de los pronunciamientos de Prim, ya que tales menudencias no alcanzan jurisdicción, ni ejercen imperio en la etérea y libre República

de las Musas, el Duque se remozaba como por encanto y volvía á ser el Angelito de Saavedra de Cádiz, en 1812. Entonces, casi con la misma lozania y gracia con que había escrito versos *Á Olimpia*, se los escribía á la innominada *aparición de la Mergelina* y á la pescadora Lucianela y á otras rivales, que, no diré el amor, porque esto hubiera sido pecaminoso, sino el prurito de poetizar galantemente, suscitaba contra Olimpia y demás princesas, moras y zagalas, de treinta ó cuarenta años antes.

Los sonetos á Lucianela tienen además el atractivo de parecer escritos adrede, con cierto refinamiento de coquetería, para dar *picón*, como familiarmente se dice, á las damas de la alta sociedad. Las alabanzas que el Duque prodiga á la pescadora, debieron en efecto de mortificar un poco á alguna de dichas damas.

Lucianela, hija ó mujer de un pescador, no lo recuerdo bien, venía á bailar la tarantela todos los domingos y otras fiestas, en el *largo* ó plazuela que había delante del Palacio de España. Pronto se formaba corro en torno de la briosa y robusta bailarina, tostada del sol, pero joven y garbosa, y que lo primero que hacía era quitarse los zapatos, que le estorbaban y que solo usaba los domingos por gala. Lucianela bailaba con los pies desnudos, pues lo que es medias no gastaba ni siquiera los domingos.

Daba música á su danza y venía acompañándola uno á modo de sátiro, que ya tocaba la flauta, ya la bandurria. El sátiro solía también entu-

siasmarse y bailar, sin cesar en su tocata. Lucianela cantaba y bailaba, y parecía una bacante. El lugar de la escena era espléndido de hermosura, bajo aquel cielo luminoso, azul y profundo. Todo el personal de la embajada salía á los balcones para contemplar aquello. El límite de la plazuela, en frente de los balcones, era el jardín de Chiaia ó Villa-Reale; pero más allá se veía el poético golfo, cuyas orillas eran: á la derecha, el Posilipo, con la gruta que va á Cumas, las tumbas de Virgilio y de Sanazaro, y sus flores y su verdura; y á la izquierda, el Vesubio, y Pompeya, y Castelamare, y Sorrento, patria del Tasso, y más allá el cabo Miseno, famoso trompetero de Eneas. Enfrente, y como cerrando el golfo, se parecía la isla de Capri. Volviendo al primer término del paisaje, y casi bajo el balcón principal, donde se ponía el Duque, era el sitio en que se armaba el baile que inspiró los sonetos. Los transeuntes de tan bulliciosa ciudad se paraban á verle y aumentaban la animación. Allí había mujeres, señoritos, soldados y marineros, y jamás dejaban de acudir los frailes franciscanos del convento contiguo al Palacio de la Embajada.

No es extraño, pues, que en país tan bello y alegre se remozase el Duque, desechase un poco la gravedad diplomática, conservadora y romántico-católica, y volviese á ser algo gentilico y clásico, como allá en Cádiz, cuando se promulgó la Constitución de 1812.

Don Juan Bautista de Salazar ó mejor y más completamente dicho don Juan Bautista Muñoz de Salazar y Olmedilla, nació en Granada en el año de 1787 y murió en la misma ciudad el 9 de Noviembre de 1844.

Los motivos que tuve para incluir composiciones de este poeta en el Tomo II de mi *FLORILEGIO*, están ya dados en la extensa advertencia que puse al fin de dicho segundo tomo. Allí también trato de mostrar y aun de realzar la significación y el mérito del mencionado poeta, cuya fama, á la verdad, no ha persistido mucho ni tampoco se ha extendido fuera de su provincia.

Las poesías de Salazar, sin embargo, merecen ser leídas y aplaudidas por la sinceridad y la gracia con que están escritas y por su estilo pasmosamente fácil, aunque algo prosaico á menudo. Valga para disculpa de este prosaismo, que el poeta las escribió para su desahogo y para su propio entretenimiento y el de sus amigos, sin pensar en la fama que hubiera podido adquirir esmerándose al escribirlas y publicándolas luego. Aun así, y á pesar del desaliño familiar con que casi todos sus versos están escritos, bien se advierte en ellos que fué su autor persona de muy notable ingenio perfeccionado por el estudio, los viajes y la convivencia y el trato de una sociedad culta.

Lo que ahora ha dado la gente en llamar la *masa neutra*, está representada por Salazar con voz y con voto, renegando de todos los extravíos

y discordias que han consumido las fuerzas de España durante el siglo XIX, y que han retardado su marcha progresiva.

Tal vez se pueda tildar á Salazar de sobrado pesimista y satirico, pero harto le disculpan su candoroso buen humor y su chiste.

Merece, por último, que le recordemos y le ensalcemos por haber sido en Granada, hasta la época de su muerte, eficaz mantenedor del foco de cultura literaria que allí habia y en el que entonces descollaban D. José Fernández Guerra; sus dos hijos D. Aureliano y D. Luis; los canónigos del Sacro Monte. D. Baltasar Lirola y don Juan Cueto; los dos hermanos D. Miguel y don Emilio Lafuente Alcántara, D. José Jiménez Serrano y otros aventajados ingenios.

El Sr. Salazar, que por su riqueza y posición aristocrática, era tan estimado como por su afable trato, excelente humor y afición á las artes, hacia entonces de su casa un segundo y reducido liceo donde se leían versos y se cantaba y tocaba muy buena música.

Sin duda es de desear que los actuales condes de Montefuerte y la demás ilustre familia de aquel vate, original y fecundísimo aunque sin pretensiones, saque del olvido sus desperdigados y arrumbados versos, inéditos los más ó que pueden considerarse como tales, y publique al menos un volumen de lo más selecto que en ellos hay. El valor de dichos versos, es, en mi sentir, indisputable; pero, aun cuando así no fuera, dichos versos valdrían siempre como docu-

mento y clara manifestación de las ideas y de los sentimientos, durante la primera mitad del siglo XIX, de la gran mayoría de los españoles, que no eran ni serviles ni liberales, ni carlistas ni isabelinos, y que fatigados y hartos de tanta contienda inútil y costosa y de tanto pronunciamiento estéril, tal vez echaban de menos el antiguo régimen, teniéndole por más apacible.

Don José de Espronceda nació en Almendralejo en la primavera de 1810. Los acasos de la guerra de la Independencia, llevaron allí á su padre, coronel de caballería, acompañado de su mujer que no quiso abandonarle, aunque se hallaba en los últimos meses de su embarazo. A esto debió aquel lugar de Extremadura, la honra de ser patria de tan ilustre poeta.

De los sucesos de su vida diré aquí muy poco, remitiendo á quien quiera saber más á la que compuso D. Antonio Ferrer del Río. Murió Espronceda en Madrid el día 23 de Mayo de 1842. Su existencia, aunque harto breve, fué fecundísima para la poesia; bastó para que él lograra extraordinaria y duradera fama. Mas, á pesar del reconocido mérito que tuvo como poeta, á pesar de las aventuradas empresas en que valerosamente tomó parte, y á pesar de muchas nobles prendas que en él resplandecían, haciéndole popular y simpático y conquistándole muchas voluntades, Espronceda medró poco ó nada y en el principio

de su carrera política y con harto modesta posición oficial, le sorprendió la muerte.

Discipulo querido de D. Alberto Lista en el Colegio de San Mateo, conspirador y revolucionario apenas salido de dicho colegio, emigrado luego en Londres y en Paris, tomando parte activa en las jornadas de Julio que derribaron á Carlos X del trono, acompañando á Chapalangarra en su desgraciada expedición y alistándose entre los voluntarios que quisieron en balde ir á dar libertad á Polonia, nada le sirvió para su medro, ni él en realidad se movió á nada de esto con el fin de medrar, sino por generosos impulsos y por la inquietud de su espíritu, ansioso de aventuras y de peligros.

No es de extrañar, pues, que para su elevación y provecho Espronceda consiguiese bien poco. No pasó de ser teniente de Milicianos nacionales, Secretario de Legación de segunda clase, con destino en El Haya y elegido diputado una sola vez hacia el fin de sus días.

Yo doy, con todo por seguro que tan escaso buen éxito no atormentó jamás á Espronceda. Su ambición, si la tuvo, fué más alta y más generosa que la que generalmente se usa. Su sinceridad era grande y cuando dice candorosamente,

Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños,

no se refiere á desengaños de la ambición frustrada ó no lograda aún, sino al recelo de que ya no se enamoren de él las mujeres, su dulce manía,

cuando vean que su negra cabellera riza, se va volviendo cana.

Sería muy curioso estudio psicológico, si alguien acertara á hacerle, el de investigar si el estro de Espronceda agita de tal suerte lo íntimo de su ser, que acaba por agotar y consumir su vida ó si las causas de su muerte nada ó poco tuvieron que ver con la vehemencia de sus pasiones juveniles.

No trataré yo de probarlo aquí. El tiempo, la agudeza del juicio y el magistral dominio de la palabra, para encerrar muchas ideas en conciso resumen, me faltan en esta ocasión. Me limito á decir sin pruebas, que no aplico yo al autor de *El Diablo Mundo*, el verso pesimista de Menandro, divulgado recientemente y puesto de moda por Leopardi.

¿Cómo negar que Espronceda era *amado del cielo*, que le dotó de inspiración soberana, de despejadísima inteligencia, de singular talento, de sensibilidad exquisita y hasta de corporal hermosura y de elegante y varonil gallardía? Pero no debe inferirse de tal afirmación, que envidioso ó celoso el cielo, nos le arrebatase temprano. No le aplicaré yo el verso que dice:

El amado del cielo muere joven.

Tengamos por inescrutable el designio que pudo tener el cielo al decretar su muerte, harto prematura. Lo que yo considero indudable es que Espronceda murió porque el cielo, sin que sepamos ni pretendamos investigar la causa, quiso

que muriese, mas no por el agotamiento de su corporal organismo y menos aún por haberse consumido y disipado todo el rico tesoro de elevadas ideas y de apasionados sentimientos que había en su alma, agitándola con fermentación tumultuosa.

Al contrario, yo me inclino á inferir, así de la bella y prodigiosa labor poética de Espronceda, como de su agitada y corta permanencia en este mundo, que hubiera sido tal vez el mayor y más glorioso de los poetas líricos, no sólo de España sino de toda Europa, si hubiera gozado de tan larga vida por ejemplo, como el autor del *Fausto*. En medio siglo más que le quedaba por vivir, para vivir tanto como Goethe, sin duda se le hubiera adelantado en saber, en espíritu crítico y en el reposo y en la serenidad olímpica que le faltó para ser su igual ó vencerle. Lo que es en fantasía creadora, en pasión arrebatada y en destreza y primor de estilo, le igualó y casi me atrevo á decir que le superó desde luego en sus más felices producciones, cuando no peca por prolijo ó exuberante. La *Canción del pirata*, los versos á Jarifa, el *Canto á Teresa*, algunos trozos de *El estudiante de Salamanca* y la Introducción y el Canto I de *El Diablo Mundo*, bien pueden competir con la más exquisita poesía que, durante el siglo XIX, se escribió en cualquiera lengua humana.

El desasosiego del poeta, oponiéndose al estudio previo y á la serena meditación, no consintió, por desgracia, que ninguna obra extensa de

Espronceda, formase un conjunto armónico y ordenado. Ya he dicho en la Introducción lo que pienso de *El estudiante de Salamanca* y de *El Diablo Mundo*, al considerarlos y estimarlos por su plan, si alguno tuvieron y si no son sólo series de raptos poéticos, felicísimos algunos, y enlazados todos ó más bien colocados sucesivamente con menos que mediano concierto y cayendo en ocasiones, en lo más vulgar desde lo más sublime. Fuerza es confesar que ni las escenas de la cárcel, ni las amonestaciones picarescas del tío Lucas, ni los amores de Adán y de la Salada, ni el asalto nocturno y robo en el palacio de la condesa de Alcira, ni el espectáculo fúnebre en la casa de lenocinio con el llanto y lamentos de su directora, concuerdan bien, á pesar de los lindos versos en que va contado todo, con la magnificencia, con el esplendor y con las pretensiones transcendentales y filosóficas de la Introducción y del Canto I.

A pesar de tamañas deficiencias y á pesar también de que todo el contenido religioso y metafísico que hay en el poema, parece precientífica y confusamente entendido, la virtud creadora y la elevación mental del poeta, dan refulgente muestra de su valor comprendiendo las cosas creadas y mostrando la impresión que causan en el espíritu humano y el poderoso anhelo de penetrar sus misterios, de subir hasta su origen y de reproducir y representar su hermosura con el artepasmoso de la palabra rítmica.

Maravilla también y encanta en nuestro poeta el ver que no le satisface la mera contemplación

ó *teoría* y que aspira siempre á la *práctica*. Cuanto va enumerado al describir la pompa de la Inmortalidad, la dicha del hogar paterno, el amor conyugal, la fe, la religión y las ciencias, el horror de las batallas y hasta el escándalo abominable de la orgia, donde tal vez el pudor se resiste al deseo y el vino interviene en la contienda, todo esto, no sólo incita al poeta á describirlo y representarlo artísticamente, sino también á experimentarlo y á gozarlo por muy incompatibles que sean tales goces. En el admirable *Canto á Teresa*, se advierte la misma propensión, aunque no tanto ya al pintar los objetos cuyo goce es deseado, como al recordar los sujetos que lograron el goce ó que ejercieron actividad para lograrle, desde que se escribe la historia. Á todos los varones ilustres de Plutarco, á los conquistadores y á los tribunos de la antigüedad clásica y á los trovadores y paladines medioevales, los envidia el poeta y quiere tomarlos por modelo. Bien pudo Mefistófeles decir de él lo que dijo de Fausto hablando con Dios, y que floja y libremente traducido es como sigue:

Pide al cielo su estrella más brillante,
Pide al suelo su dicha más completa,
Y ni cercano amor, ni amor distante
Su conmovido corazón aquieta.

Convengo en que no hay ni novedad ni rareza en tan ambiciosa aspiración á todo. Á todo aspira cualquier hombre desde que empieza á pensar y amar. Lo nuevo, lo raro y lo hermoso, no

está en el mero sentimiento, pues de él participa la generalidad de los hombres, sino en el brio y en la elevación con que lo siente y lo expresa Espronceda. En él está, por último, en cierta serena posesión de si mismo, en cierta confianza en las fuerzas propias y en cierto desinterés estético, que le mueven á deseirlo todo para aquietar la sed del alma y no para excitar la envidia de la gente.

El anhelo de notoriedad no es el que agita el corazón de Espronceda. Tal anhelo debe repudiarse por ruin y pecaminoso. Impulsado por desesperada valentía puede ser y es causa de horrendos crímenes, desde el de Erostrato hasta el del moderno anarquista que arroja una bomba entre la muchedumbre apiñada. Fuerte tentación es la de surgir de repente de la obscuridad, donde nadie nos mira ni nos hace caso, y aparecer ante todo el mundo y llamar la atención de todas las gentes, aun cuando sea con horrible fama.

No es por esto por lo que no he insertado yo en mi FLORILEGIO el *Canto á Teresa*, si no lo mejor, lo más característico de Espronceda. No le he insertado, porque hay en él sobra de lo realmente vivido, asustándome y repugnándome lo cerca que aún está de nosotros esa historia real, en la que se pone por principal protagonista el poeta y en la que no me atrevo á examinar y á resolver los tremendos conflictos que entre la moral y la estética nacen.

Afirmaré sólo insistiendo en lo ya afirmado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO L. 165"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

antes, que si Espronceda murió temprano, fué porque Dios quiso, sin que sepamos la causa. No fué por *haberse realizado su esencia*, como dirían los Krausistas. No fué tampoco como el personaje de la sátira de Jovellanos,

Que sin llegar á los cuarenta abries,
La mano del placer le hundió en la huesa.

Veinte meses antes de la muerte de Espronceda, le conocí y traté yo en mi primera mocedad, casi en mi niñez, hallándonos ambos en los baños de Carratraca. El culto que él daba al mundo, suponiendo, no sé por qué, que el mundo se le exigía, estaba tan bien dado que no dejaba traslucir el feroz entretenimiento que él nos dice que por entonces tenía de arrancarse del pecho el corazón á pedazos. Espronceda, al contrario, nunca faltaba en bailes, ni en tertulias, ni en giras campestres. Con su arrogante figura, con su amena conversación y con su galantería, embelesaba y hasta enamoraba á las más guapas y elegantes señoras y señoritas que había entonces allí. Toda la juventud masculina le rodeaba, le reía los chistes y le aplaudía y le admiraba cuando recitaba sus versos. Sólo alguno que otro caballero solía amostazarse por el fervor apasionado con que su novia charlaba con el poeta y por la tibieza y hasta por el desdén, con que desde que ella conoció al poeta, trató al prosaico y desventurado novio. En suma, al ver al poeta en su vida real, nadie, á no ser un prodigioso zahori de conciencias humanas y un perspicaz sabidor de patología

interna, hubiera podido adivinar que Espronceda estuviese ya herido de muerte, ni en el cuerpo ni en el alma, sino que alma y cuerpo prometían aún larga duración y muchos triunfos, no bien él sentase la cabeza, como vulgarmente se dice.

No niego yo la sinceridad de su dolor profundo, de su desesperación blasfema y de no pocos otros furores suyos, pero me inclino á creer que todo ello era momentáneo y sentido sólo cuando el estro le picaba y él componía sus hermosos versos; pero que en prosa no era ni con mucho tan desventurado, sino sobre poco más ó menos como los demás mortales.

La extraña mezcla de sublimidad patética y de irreflexiva depravación, que en los versos á Teresa y á Jarifa se admiran y se celebran á par que se deploran, tienen por disculpa en cuanto hay en ellos de poco razonable, la moda romántica llevada al extremo y la absoluta carencia de premeditación y de reposo. Sólo por esto podemos perdonar á Espronceda, que á la mujer para quien soñó conquistar un trono, llamándola ángel, serafín, blanco lucero que iluminó con luz celestial la dorada mañana de su vida, la injurie luego, aun cuando sea compadeciéndola y la llama lodo inmundo, fétido fango y charco de aguas corrompidas: mujer de quien se avergüenzan sus hijos y hasta el nombre de madre le niegan. Y todo ello como espantosa expiación de un pecado, al que contribuyó el poeta y del que gustó mientras fué en su provecho.

En los versos á Jarifa, acaso hay más pervers-

sión de romanticismo, aunque la perversión no repugna tanto, porque descubrimos menos la persona á quien ofende, compadeciéndola también y tratando de mitigar así la ofensa. Pero de esta lástima que inspira Jarifa al poeta, bien se puede decir aquello de Cervantes: *y sobre todo Dios te libre de que nadie te tenga lástima*. Figurémonos á una daira galante, tierna, apasionada y fácil, la cual hace muy regalados favores á su buen amigo. ¿Cómo aplaudir que éste, por mucho que la compadezca, la apellide necia porque no le procura insólitos y muy subidos deleites, la acuse de haber tenido mil amantes, le diga que sus besos son de hielo y no pocas otras lindezas por el estilo? Muy enamorada hubo de estar la dama ó muy buena pasta hubo de tener y sin duda tuvo, cuando sufrió tanta insolencia y no mandó al poeta á paseo.

La parte metafísica de la composición á Jarifa casi es absurda. Dios no se enoja porque le busquemos con la razón que nos ha dado y porque anhelemos conocerle: pero es harto extraño método de alcanzar este conocimiento y de formar una teodicea el andar en citas amorosas, orgías y otras poco edificantes diversiones.

Ahora me atrevo á añadir ó á repetir, en contra de todo lo anteriormente expuesto, que Espronceda pudo ser y casi es un *gran poeta* en toda la enfática significación de la frase. Hasta las contradicciones y los delirios, que hemos censurado, le valen para su fama cuando se le considera como brillante representación y personifi-

cación del caos de ideas, de sentimientos y de pasiones, que perturbaron y embriagaron más que nunca, las almas juveniles en aquella época, así en España, como en las otras naciones europeas.

Don Miguel de los Santos Alvarez cariñoso amigo y compañero de Espronceda, nació en Valladolid el día 5 de Julio de 1817.

Las alegres y libres correrías de su primera mocedad, no hubieron de prestarse á que él adquiriese una instrucción muy esmerada sobre cosa alguna; pero su clara inteligencia, su afición á los libros y su vaga y constante lectura y la perspicacia y la rapidez con que lo percibía todo, lo cogía al vuelo en la conversación y trato de las gentes y no sólo lo custodiaba en la memoria sino que también lo transformaba con la imaginación, hicieron de él un hombre en extremo culto, mas original que erudito y de gusto literario muy acendrado.

Lo poco que ha escrito y le ha conquistado fama pertenece todo á su primera mocedad. Después, por espacio lo menos de cincuenta años que aún duró su vida, Alvarez apenas escribió nada espontáneamente. Si algo escribió excitado y hostigado por motivos extraños y poco poéticos, harto se notan en ello la violencia y la falta de esmero conque está escrito.